

Languedoc, tomó por asalto el castillo de Bonnac, y usó de una severidad que manifestó á los rebeldes que por último se miraba ya la rebelion como un delito (1625). Fue quemado el castillo, y entre todos los religionarios que cayeron en manos de las tropas Reales, solo se perdonó la vida á uno, con la condicion de que habia de ahorcar á todos los demas, de cuyo número dicen que era su propio padre. Por otro lado, Soubise, hermano del duque de Rohan, sorprendió y se apoderó del puerto Luis en Bretaña, cogió allí siete navios, derrotó despues la armada Real, se hizo dueño del mar, y tomó la isla de Rhe y la de Oleron; pero al cabo de pocos meses el conde de Rochefoucault, valiéndose de los navios que Richelieu habia reunido de todas partes, hizo un desembarco en la isla de Rhe, desde donde Soubise, que hasta entonces habia salido triunfante, se vió obligado, despues de una ligera resistencia, á salvarse con sus tropas en el fuerte de San Martin. Habiendo salido una escuadra de la Rochela, fue al punto á acometer á la del rey, mandada por el duque de Montmorency, almirante de Francia, la cual despues de un combate muy reñido consiguió victoria completa. El dia siguiente se rindió el fuerte de San Martin; pero antes se escapó Soubise, y se retiró á la isla de Oleron. Tomó el mismo rumbo la escuadra victoriosa, siendo esto bastante para obligarle á huir á Inglaterra, y se recobró la isla de Oleron con la misma facilidad que la de Rhe; pues no se trató mas que de reducir un fuerte donde tenian los hugonotes una guarnicion de setecientos hombres. El año siguiente 1627 logró Soubise que aprontase la Inglaterra un refuerzo de ciento y cincuenta velas con tropas mandadas por el duque de Buckingham, que desembarcaron en la isla de Rhe; pero Buckingham, mas fino cortesano que habil general, y todo este formidable armamento, fueron arrojados de la isla en algunos meses por el mariscal de Schonberg. Entonces pidieron

con humildad la paz los rebeldes, é hicieron que la solicitasen los protestantes de Alemania, aliados de la Francia. Ya se habian ajustado con ellos tres paces desde el año 1612, con unas condiciones que les eran muy ventajosas, y no obstante fueron bien admitidas sus súplicas, porque en un reinado que aun no habia adquirido la consistencia necesaria, era frecuente recurrir á estos temperamentos; pero se conoció ya la necesidad de abatir una secta que solo abrazaba el partido de la sumision cuando no estaba en estado de seguir sus rebeliones.

La Rochela, capital de la república que pretendian establecer en Francia los hugonotes, era el principal arsenal de la rebelion, la guarida de los rebeldes mas furiosos; allí se tomaban las resoluciones mas violentas; de allí salian la mayor parte de los atentados cometidos contra el trono; y de allí habia salido por último la escuadra que se habia atrevido á medirse con la del rey. Eran tan delicados los sectarios en orden á la independencia de esta ciudad, que una de sus guerras habia sido causada por la construccion del fuerte Luis, edificado en sus inmediaciones por orden expresa del monarca. En una palabra, era la Rochela la cabeza de un monstruo que vivia en el seno de la monarquía, que se sustentaba con su sustancia mas pura, que solo podia crecer á espensas de ella, y que en una palabra merecia ser cortada por Richelieu. Formó pues este ministro el proyecto, le meditó, se fijó en él, y como los genios de elevadas y estensas miras, capaces de concebir estos grandes designios, tienen comunmente la esactitud y energia necesarias para la ejecucion, luego que se supo lo que Richelieu intentaba, no se dudó de su feliz resultado, sirviendo la grandeza de los obstáculos unicamente para hacerle mas brillante; acto que fue el mas útil y el mas glorioso de aquel genio trascendental y que, como el mismo decia, se realizó á despecho de tres reyes, incluso el suyo propio, y hasta po-

driamos añadir que se realizó á despecho de la naturaleza misma, pues que le fue preciso dominarla en el mas fogoso de sus elementos.

Por el lado de tierra estaba fortificada la plaza con seis grandes baluartes guarnecidos de cien piezas de artillería, y por otra parte era casi inaccesible á causa de los pantanos de que estaba rodeada. Por el lado del mar, estaba abierta la entrada á todos los enemigos del reino, y particularmente á los ingleses, los cuales llevaban todos los dias nuevos auxilios y refuerzos. Los habitantes del pueblo, á quienes el fanatismo inspiraba un valor igual al de los soldados veteranos, habian resuelto perecer con sus mujeres é hijos antes que rendirse. Conociendo Richelieu que solo conseguiria reducirlos á fuerza de tiempo y por hambre, formó una circunvalacion de tres leguas de terreno, y mandó construir mas cerca de los baluartes trece reductos muy grandes. Para cortar los auxilios que llegaban por mar, mandó formar en la rada aquel dique prodigioso de ciento cuarenta y siete toesas de largo, dejando á la mitad de él una entrada por donde no podian pasar dos navios de frente, y en una y otra parte se habian construido dos fuertes coronados de artillería de grueso calibre para defender este paso estrecho. Esta grande obra llevose á cabo del modo mas sencillo como todas las obras maestras. Pompeyo Targone, famoso ingeniero italiano, formó al principio, en toneles llenos de madera, di-tintas estacadas que no pudieron resistir á la fuerza de los vientos y de las aguas. En fin, Clement, natural de Dreux, que fue despues arquitecto del rey, y Juan Tiriau, maestro de obras de Paris, hicieron llevar una porcion de barcos que se colocaban en la direccion del dique proyectado, y se cargaban de piedras hasta que se iban á pique. Como luego sobrevenian las agitaciones del mar, reunian al rededor la arena y el casquijo que en muy poco tiempo formaron una mole sólida, y tan firme como los limites fijados por la naturaleza.

Al principio rieronse de la empresa los sitiados, atribuyéndola al orgullo del ministro, de quien decian que habia formado el proyecto quimérico de enseñorearse hasta del Océano; pero cuando vieron que el dique burló los esfuerzos sucesivos de dos escuadras inglesas (1628), le miraron de muy distinto modo. No obstante, no por eso pudo reducirse su obstinacion, apoyada por otras muchas pasiones. Guion, corrégidor de la ciudad y encargado del mando de las tropas, mandó que se pusiese un puñal encima de la mesa del Consejo para degollar al primero que hablase de rendirse. Padióse así una hambre estremada: se comieron todos los animales domésticos, perros, gatos y todos los ratones que pudieron cogerse, y fue tan grande la escasez en mas de un año que duró el sitio, que dió al traste con doce mil personas. Sabedor de estos apuros el ministro, y conociendo que la plaza no podia tardar en rendirse, quiso dar al rey el placer de que pudiese atribuirse la victoria. Luis, naturalmente esforzado, habia asistido al principio del sitio, en el que iba á la trinchera, y hasta se presentaba á cuerpo descubierto para reconocer todas las obras; tanto que, segun las Memorias de Rassompierre, hasta los mas intrépidos temblaban por su persona, pues apenas se apartaba de las baterías, donde le pasaron por encima de la cabeza mas de trescientas balas de cañon; pero con motivo de su quebrantada salud y del rigor del invierno, se vió obligado á retirarse y á confiar á Richelieu el mando y toda la direccion del sitio. Habiendo regresado de resultas de la noticia que le dió el ministro, apenas se presentó cuando se rindió á discrecion la plaza, que estaba ya en el último apuro. Se emplearon dos dias en limpiar la ciudad, cuyas calles veíanse llenas de muertos y moribundos, despues de lo cual verificó el rey su entrada en ella el primero de noviembre de 1628. Perdonó la vida de los habitantes, restableció la Religion católica, abolió el regidorato, demolió las fortificaciones del lado

de tierra, y dió el gobierno á Thoiras, á quien principalmente se debía la conservación del fuerte de San Martín en la isla de Rhe.

Entretanto, la firmeza de Luis XIII contra los rebeldes de la Rochela, levantó una persecucion contra los católicos de la Gran Bretaña, donde habia heredado Carlos I la corona y la heregía de Jacobo I, su padre. Agitado el nuevo rey de un despecho mas bien pueril que tiránico, pretendió vengarse en los vasallos católicos que le obedecian, de que el rey Cristianísimo reducía á la obediencia á unos vasallos hereges que tenian las armas en la mano contra él. Renovó, pues, todos los antiguos edictos fulminados contra los que profesaban la fé romana, y mandó prender á todos los clérigos y frailes que se hallasen en sus Estados. Pero todo este aparato se redujo á poner en la cárcel á unas cuantas personas, porque Carlos tenia tan poca gana de hacer mártires, como el rey su padre.

La toma de la Rochela fué un golpe mortal para los calvinistas de Francia, si bien hubo todavía alguna resistencia en las provincias meridionales. Privas, plaza del Vivarés, la mas fuerte de las que quebaban á los rebeldes, osó sostener un sitio contra el monarca en persona; pero entregáronla á saqueo, y fueron ahorcados cien habitantes de los mas principales, y otros ciento condenados á galeras. Este oportuno ejemplo de severidad produjo todo el efecto apetecible; porque la mayor parte de las ciudades rebeldes de aquellos distritos, aun las que estaban situadas en los desfiladeros de las montañas, se rindieron antes de ser acometidas, siendo muy pocas las que quisieron exponerse á sufrir un cañoneo ó á ser saqueadas. Fueron destruidos los asilos, quedaron desmanteladas las plazas, y á pesar suyo se sujetó la rebelion al yugo de las leyes. Sin embargo, la ciudad de Alais sostuvo todavía un sitio, pero mas bien para lograr una composicion que por continuar la rebelion. Apenas hubo capitulado tuvo en Onduze el duque de Rohan una

asamblea general de los ya acobardados rebeldes, y envió al monarca una diputacion respetuosa para implorar su clemencia. El 27 de junio de 1627 se ajustó la paz en Alais, y como la magestad del trono lo requería, el rey fué quien dictó todas las condiciones. Habiéndose trasladado despues el rey á Nimes, espidió un edicto de pacificación, aboliendo todo lo pasado; y este fin tuvo, por efecto de un vigor digno del trono, la última guerra de Religion que ha habido en Francia.

Desde el tratado de Alais fué decayendo constantemente el partido, como que ya no tenia ninguna plaza de defensa, ni asambleas públicas, ni tesoro comun, ni casi gefes que le dirigiesen. Ya hemos visto que la abjuracion del duque de Lesdiguieres le habia privado de la ventaja falaz de valerse de su nombre. El duque de la Tremouille se habia hecho tambien católico durante el sitio de la Rochela, y la penetracion y firmeza del ministro habian entibiado mucho el celo de los demas señores por una religion que nada podia ya contribuir á sus designios ambiciosos. El duque mismo de Rohan, que era el corifeo del partido, y que al principio se retiró á Venecia, empleó muy pronto en defensa de su rey la espada con que antes le habia hecho guerra. A ejemplo de los grandes, la nobleza ordinaria y los demas ciudadanos se fueron separando insensiblemente de aquella secta fatal, de suerte, que en el siguiente reinado no faltó para la entera ruina del calvinismo mas que derribar sus templos. Así Richelieu en pocos años, y cuando esta secta participaba en cierto modo de la soberanía bajo la autoridad de los tratados y de las leyes, hizo contra ella mas de lo que se habian atrevido á hacer en el discurso de tres ó cuatro reinados, cuando estaba todavía tan poco cimentada que solo podia sostenerse á fuerza de cábalas y por la grande incuria del gobierno. ¿Cuánta efusion de sangre y cuántas calamidades se hubieran evitado en la Francia si la mano que empuñaba ó dirigía

el cetro hubiese usado desde luego del vigor que una triste experiencia demostró por último ser indispensable!

Principiaba tambien el Señor á derramar sus misericordias sobre la Iglesia de Alemania. Fernando II, que tantas dificultades tuvo que vencer en los primeros tiempos de su imperio, habia logrado desde entonces una serie de triunfos casi no interrumpida. El baron de Valstein, que habia pasado repentinamente desde la clase de coronel á la de general en jefe, mostró desde luego que esta elevacion rápida no era efecto del favor, sino de un discernimiento esquisito. Entre otras hazañas no menos gloriosas que útiles, derrotó de todo punto en la jornada de Dessau, á Grillas del Elva, al conde de Mansfeld, uno de los mas formidables defensores del partido protestante. Un regimiento entero rindió las armas para recibir las leyes del vencedor. Seis mil enemigos quedaron muertos en el campo de batalla, ó perecieron parte de ellos en la fuga. Se hicieron en esta pelea mil y quinientos prisioneros. Las banderas, la artillería y todos los bagajes cayeron en poder de los imperiales, los que, arrebatados de un impetu marcial, se apoderaron de la ciudad de Zerst y pasaron á cuchillo toda la guarnicion. En el mismo año 1626 quitó el conde de Tilly al landgrave de Hesse la ciudad de Munden, en que perecieron cerca de tres mil hombres entre soldados y paisanos. Despues de dos ó tres dias de marcha acometió cerca del castillo de Lutter al rey de Dinamarca unido con el landgrave. Fueron derrotados ambos y quedó destrozada casi toda la infantería hessesa á vista de su príncipe. La artillería y todos los bagajes fué lo menos que perdieron los vencidos, pues murió el hijo primogénito del landgrave con muchos oficiales de graduacion, siendo mucho mayor el número de los que quedaron prisioneros.

Habiéndose reunido despues Valstein con Tilly, no se hizo ya oposicion alguna contra los esfuerzos combinados de estos dos generales,

cuyas conquistas fueron tan rápidas como sus marchas. Ultimamente, el rey de Dinamarca que no tenia ya en todo el continente mas ciudad que la de Gluckstad, se vió obligado á pedir la paz y se ajustó en Lubek un tratado mucho mas favorable de lo que él podia prometerse. Acertada política que los ministros imperiales no estendieron al rey de Suecia, ignoramos por qué capricho; pero ¿qué consecuencias tan fatales acarreó esta parcialidad! Empeñaronse en no admitir ni dar oídos á los embajadores de aquel príncipe, del famoso Gustavo, que ansiaba tener parte en el tratado; y era este el momento decisivo para la prosperidad del emperador, para la conservación del imperio y para la quietud de toda Europa. No habia cosa mas fácil que sofocar en su origen las desavenencias que llegaron despues á ser tan terribles entre Gustavo Adolfo y Fernando II. Pero ¿cuán limitada es la prevision humana en el seno de la victoria y de la fortuna! El emperador despreció á un enemigo de quien no se recelaba, ó bien por la distancia, ó bien por suponerle de pocas fuerzas, y costó un diluvio de sangre al imperio el expiar este desprecio. Cometió Fernando otra falta gravísima, mezclando sus intereses domésticos con el interés comun del Estado y de la Religion; porque no obstante que los luteranos habian puesto ya al duque Augusto, hijo del elector de Sajonia, en posesion del arzobispado de Magdeburgo, solicitó el emperador y logró las bulas á favor de su hijo el archiduque Leopoldo: lo que fué causa de que perdiere la alianza de este elector, el cual se declaró por el partido de los protestantes. Resentido vivamente el sajón, convocó inmediatamente una asamblea de sectarios en Leipsik, donde los príncipes, disgustados del famoso edicto de restitucion que publicó el emperador en aquellas circunstancias (1629), concluyeron la liga en que entró el terrible Gustavo, este fiero leon del Norte que la hizo tan formidable.

Mandaba el edicto á todos los protestantes

que se hubiesen apoderado de cualesquiera bienes eclesiásticos desde el famoso tratado de Passau (1555) ajustado con Carlos V, que los devolviesen a los antiguos poseedores, pena de ser perseguidos con todo rigor, y condenados despues á restituir, además de las posesiones usurpadas, todos los frutos que hubiesen percibido. Fundábase este edicto en el tratado de Passau, en el que se habia dispuesto que si algun beneficiado desertaba de la Religion antigua para abrazar la nueva, habia de renunciar todos los bienes y rentas eclesiásticas que poseyese. Pero desde entonces los beneficiados apóstatas, no solo conservaban los bienes de la Iglesia, sino que habian quitado a los católicos dos arzobispados y doce obispados, con una multitud de abadías, conventos y beneficios de todas clases, y aun habian llegado a ser presa de simples legos. Sin embargo, oyeronse por todas partes quejas y murmuraciones formadas y estendidas por los usurpadores. Mas el emperador, que se hallaba entonces triunfante, hizo poco caso de ellos y de los movimientos de sus príncipes, porque la mayor parte de estos, debilitados con las guerras anteriores, eran poco temibles. Toda la Alemania, excepto los electores de Sajonia y Brandemburgo, se sujetó al edicto, cuya ejecucion defendia Valstein con un ejército respetable. El duque de Witemberg y otros muchos príncipes restituyeron en efecto todo lo que habian usurpado. Las ciudades imperiales fueron tambien mas dóciles ó tal vez mas timidas, y a la de Augsburgo, de donde tomaba su nombre la fe luterana, fué a la que se trató con menos miramiento.

Habria quedado destruido el coloso protestante, y quizá toda la religion protestante de Alemania, si Valstein, que no conocia ninguna ley cuando se hallaba mandando un ejército, no hubiera procedido con un rigor que malquistó los ánimos mas que el mismo edicto. Fernando agravó el mal por mezclar de continuo sus intereses con los de la religion, y tra-

tando, quizá con demasiada dureza, de prevalecerse de su autoridad. Como su hijo y sucesor adoptó la misma politica que el religioso emperador, se alarmaron todas las potencias vecinas, de donde resultó aquella guerra funesta que sumergió al imperio en unas turbulencias interminables, durante las cuales recobró la secta todos los bienes de que se la habia despojado, y además se atribuyó unos derechos exorbitantes, de que no habia gozado nunca, considerándolos despues como una conquista propia y como un patrimonio inalienable. Si en el momento presentado por la divina Providencia hubiesen seguido los emperadores la conducta del rey de Francia contra la heregia, es probable que hubiera tenido el luteranismo en Alemania la misma suerte que el calvinismo en aquel reino (a).

Mas aun no habia llegado el dia señalado para la plena efusion de las misericordias del Señor sobre su Iglesia; y debia quedar espuesta a otras pruebas del todo nuevas la fé de los verdaderos creyentes. Abatido apenas el hugonotismo, rama enorme de la impiedad disfrazada con el título de reforma, brotó de su tronco, tan fecundo por desgracia, un nuevo vástago, débil a los principios, y confundido entre el polvo de las escuelas y del claustro, huyendo de la luz y avergonzado de su origen. Pero trabajó inútilmente en estender las sombras del misterio aun sobre su mismo nombre, porque al primer bosquejo que se haga de él nadie dejara de conocerle como un vástago del calvinismo ó por mejor decir, un calvinismo mitigado ó mas bien mutilado, sin mas diferencia que la de estar esento de la impiedad

(a) Por desgracia no quedó en Francia tan estinguído el calvinismo como hubiera sido de desear, á vista de las ultiores maquinaciones de aquella secta impia y de las grandes dificultades que Luis XIV tuvo que vencer para llevar a cabo la revocacion del edicto de Nantes. Tal vez al fin de este tomo insertemos como apéndice algunas observaciones, publicadas hace algunos años, sobre el calvinismo en Francia. (N. del E.)

sacramentaria; pues por lo demás apenas existe un punto de doctrina en que su patriarca difiera del de los calvinistas, como no sea que el oráculo de Ginebra quita al concilio mismo la autoridad que el reformador ó los reformadores

de Utrecht niegan á los pastores que le com-
ponen. Cada cual puede nombrar desde ahora una secta que ha querido ser reputada por un fantasma, y cree que la injurian cuando la llaman por su nombre.

LA CUARTA EDAD DE LA IGLESIA

La relajacion en las instituciones humanas como mira que estos mismos estados conlir- conduce a la decadencia, y muy en breve a una supervencion total; pero como la Iglesia no está menos segura de su conservacion que de la veracidad y omnipotencia divina, cuanto mas deprimible es el menoscabo, tanto mas proxima esta la reforma y la restauracion. En efecto, despues de los excesos de la barbarie y de las ignorancias; despues del éxodo fatal de las espes- daciones de Levantes; despues que muchos obis- pos entregados a las ocupaciones seculares dieron un lastoso golpe a la ley sagrada de la residencia; cuando, en una palabra, se vio en la Iglesia la relajacion mas larga y deplo- rable de que habla memoria, los príncipes y los pastores mismos, los fieles de to- das clases y condiciones se apresuraron a buscar un remedio para este mal estremo. Pero siendo propio del espíritu del hom- bre, aun cuando trate de elevar el bien, usar rara vez de la sobriedad que recomienda el Apóstol, y sin la cual el mismo bien se convierte en mal, se vio entonces mucha te- rribilidad, mucho arrojó y verdaderos necios en un tropel de reformas sin carácter y sin mision; porque la reparacion del edificio divino de la Iglesia no debia ser obra del entendimiento humano, cuya actividad presentase solo unívoco para retardar la vez de adelantarse; y así se hizo mas visible el praxo del Señor en la direccion de esta grande obra, como lo advertiremos facilmente con solo mirar los hechos bajo dos aspectos que se pre- sentan con mucha naturalidad. Observaremos en primer lugar, como el Señor sostuvo su concilio de Pars. Viendo el empuño de Grego- rio XII y del antipapa Benedicto XIII en con- servarse reciprocamente en pontificado multi-